

POR LA RUTA DEL HOMBRE, de Concha Lagos, por Amalia A. Cienfuegos

No he necesitado acabar la lectura de *Por la ruta del hombre*; para comprobar con verdadera satisfacción, cómo la voz de Concha Lagos sigue llegando inalterable hasta nosotros, con sus cuestiones esenciales auestas, mitad ilusión y esperanza, mitad desengaño y melancolía. Todo ello nos lo comunica tras ser experimentado y sentido desde la condición transitiva del hombre que, querámoslo o no, no podemos soslayar, porque la transitoriedad es su constitutivo formal.

¿Quién no tiene necesidad insaciable de entender y preguntar por el origen, curso y fin de la vida? Partiendo de sus consideraciones tan útiles para un enjuiciamiento propio de la "existencia real", aclaramos también nuestros pensamientos, a veces vagos, pero identificados con el tema y perfectamente reconocibles en el lenguaje claro y preciso de Concha Lagos.

Quién oye ese clamor de mar embravecido,
de humanidad compacta abrazada a su miedo.
Esperan descubrir también alguna aurora
y Arcángeles floridos que compañía les den.

Frente a la trivialidad circundante, estos poemas nos remiten, sin paliativos, a la complejidad de lo humano. De aquí que la autora marche entre dos líneas paralelas, con amplio espacio entre ellas que le permiten caminar a uno y otro lado, sin salirse de sus límites, en una pluralidad de sensaciones y sentimientos, incluso a veces, de signo contrario. Diríamos con un tópico, "como la vida misma", es decir, con tristezas y alegrías, penas y glorias que, aunque en algunos casos se traducen en aparentes contradicciones, en el fondo no son más que puro reflejo de la existencia. Existe una alianza de ideas con extremos en situaciones de paralelismo, pero perfectamente compatibles en su esfera. Lo bueno y lo malo, lo uno y lo múltiple, todo con el mismo origen: una fuerza que no es nada sin la opuesta correspondiente.

Existen, por otra parte, impulsos inconscientes que actúan de catalizadores en ciertas ocasiones. Esto suele ocurrir cuando "lo inesperado llega como una amanecida", o "cuando lo mágico se impone".

Hasta esperanza tuvo.
 Aunque la primavera se fue sin despedidas,
 volvió el amor triunfante
 con arcos de promesas y una Luna escarlata.
 Mágicas horas fueron, las que vendas nos ponen.

Otras veces los paralelismos son formales, “en equilibrio”, como titula un poema.

Hombro con hombro por la ruta.
 Hombre tras hombre por la pena,
 con su principio y fin de barro,
 con su principio y fin de tierra.

La anáfora aquí, hace también su presencia como medio de coordinación sustitutivo, ya que si por una parte deja subsistir la circunstancia como marcador, por otra subraya de un modo expresivo la yuxtaposición de la frase.

Lo específicamente personal viene a ser guía en las consideraciones acerca del estado anímico de toda criatura abierta al infinito. Y se nos dice en pocas palabras, lo que supone un máximo esfuerzo de atención: bien apretadas, sin nexos que perturben la densidad de contenido. La concatenación sintética de los términos, al extraer de las palabras el máximo poder expresivo, es de gran rigor conceptual. Para ello se observa un límite en la adjetivación compensado con la elección de determinados significantes de fuerte significado (en el sentido de concreción), de manera que la sobriedad de forma no reduce, en modo alguno, su solidez. En una palabra, la autora va siempre peregrinando en busca de la más exacta significación: tras “le mot juste” que aconsejaba Flaubert.

Tanto el título general de la obra como en los correspondientes a las distintas partes y hasta a cada poema, es notoria la estrecha relación que existe de causa a efecto, en cuanto a su vinculación con el contexto. Concha Lagos tiene una especial facultad para dar nombre a sus creaciones; al menos, siempre lo hemos visto así. Responde a la lógica no sólo de la materia, sino también de su articulación. Buena conocedora y exigente en el arte de versificar, tiene a su favor un fino oído musical, necesario para hacer marchar acordes, ritmo y sonido. La armonía es siempre una buena orientadora de la receptibilidad. A esto se une la facilidad de expresión por ella misma reconocida.

El don de la palabra tuve
 a cambio de tristezas,
 del calvario, del sino.

Contraria a todo lo que suponga pasividad, —“nunca pedí reposo”—, señala ya en la introducción, el esfuerzo, el quehacer sin tregua, los contratiempos:

De tenderlas en generoso vuelo
 las manos me dolían.
 Derramados los hombros se me fueron quedando.

El verso se me puso árido de repente,
cuchillo de dos filos para matar recuerdos.

Reconocemos una permanencia fiel a sus símbolos de siempre, enraizados principalmente en la libertad, los pájaros, el aire, las alturas, la ligereza, etc. Asociados a valores vitales, materializa así los deseos de su imaginación, pasando de experiencias anormales a experiencias estéticas y de conciencia. No olvida tampoco la importancia del tiempo, ya que referirse a ello, supone hablar de finitud, de esperanza, de memoria. El hombre está encadenado a la duración, sin poder gozar nunca de su presencia plena, porque deja atrás el pasado y no puede anticipar el futuro. Y el presente se dispara rápido.

Tras la larga travesía desde la noche oscura
los remotos recuerdos enraicé en el futuro.

Que si bien unas veces le sirven de consuelo tras una infancia feliz, "Sólo aquel existir de los primeros pasos / seguro parecía", otras, carga con los sinsabores naturales de los que intenta salir reforzando los medios a su alcance (no siendo los menores su entereza y su temple), en un empeño muy humano.

Intensidad le puse al cada día.
Nunca el primer tropiezo la andadura detiene.

Este no llegar a encontrarse nunca *à l'aise*, por mucho que lo procure, se comprende; en realidad, es lo que da a la vida vivida su humanidad. Como en otras ocasiones, no deja de contemplar la vida en su horizonte final, es decir, enfrentándose con el problema de lo que constituye la consistencia última, si bien suele eludir el nombre concreto con veladuras sutiles: «el dogal eterno de la bruma», encrucijada incógnita es la meta», etc.

Pero, al final, la angustia generada por la irremediable finitud, deja paso a una esperanza, aunque sólo se vea cumplida en sueños:

Con nuevos ojos por la vida vago,
con nuevos ojos en lo azul me adentro
a la esperanza asida, al imposible,
por ver de par en par al fin el cielo.

Mas por encima de todo, nos queda constancia no sólo de su indiscutible calidad literaria, sino también de su sentido moral, de su admirable dignidad humana.

**APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA CIUDAD
DE MONTORO, DE MANUEL CRIADO HOYO,
por Antonio Herrera García.**

Apuntes para la Historia de la Ciudad de Montoro, de Manuel Criado Hoyo.-
Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial (Colección de textos para la
Historia de Córdoba, 5).- Córdoba, 1983.- 426 páginas (24 x 16 cm.)

Reproducción de una obra publicada en 1932, sin ningún tipo de revisión o notas complementarias. De entrada, un claro acierto de la misma es el de titularla *Apuntes* para la historia de Montoro, ya que en efecto constituye esencialmente una reunión de materiales para la elaboración de una historia de esta población más que la propia historia.

El libro trata sucesivamente una serie de aspectos. En los quince primeros capítulos se exponen los *acontecimientos* más sobresalientes del pasado de Montoro desde los que se consideran sus orígenes hasta la revolución septembrina de 1868; en la parte relativa a la época antigua destaca la recopilación de noticias y la transcripción de las inscripciones romanas halladas en la ciudad y su término, y en toda esta misma época, extendida hasta los años postrimeros de los tiempos medievales, se interpolan los hechos referentes a Montoro —una mínima parte— entre circunstancias históricas mucho más amplias: si esto puede constituir una excrecencia innecesaria para estudiosos e investigadores, debe explicarse porque la intención del autor pudo ser —y seguramente fue— la de dirigirse a un público no especializado. Luego y especialmente desde fines del XVI varía este método y, aún conservando las referencias a las circunstancias históricas nacionales del momento, las noticias relativas a la vida en Montoro son mucho más extensas por disponer de una fuente documental bastante más directa y prolija, como ahora veremos.

Los cinco capítulos restantes tratan de una descripción geográfica, económica y administrativa del Montoro de los años de la primera aparición del libro; de las semblanzas biográficas de los hijos más ilustres de la población, entre los que nos resulta destacable particularmente el “anticuario” —arqueólogo de gabinete— del

XVI Juan Fernández Franco; de la descripción artístico-histórica de sus principales edificios tanto religiosos como civiles; de los nombres de sus calles, orígenes y cambios de los mismos y hechos notables ocurridos en aquéllas y, finalmente, de una lista prácticamente exhaustiva de los magistrados municipales de Montoro desde 1585 a 1868.

La distinción que hemos hecho arriba del distinto tratamiento de las dos épocas señaladas suponen igualmente dos distintas fundamentaciones en fuentes y bibliografía. En la primera parte, hasta el siglo XVI, su base es casi exclusivamente bibliográfica y utiliza sobre todo la historiografía andaluza y castellana clásica de los siglos XVI, XVII y XVIII: Argote de Molina, Méndez de Silva, Ambrosio de Morales, el P. Suárez, Pérez Bayer, Fernández Guerra, el P. Masdeu, etc., efectuando un intenso aprovechamiento de las obras manuscritas, conservadas en la Biblioteca Nacional y la Real Academia de la Historia de Madrid, del mentado J. Fernández Franco, así como de las de Ramírez de las Casas-Deza, A. Ruibamba, etc. Posiblemente las noticias de los escritores grecolatinos están tomadas de estos textos historiográficos.

En la segunda época, desde fines del XVI a 1868, las fuentes fundamentales del libro están constituidas por las actas capitulares del Ayuntamiento de Montoro. Tanto en una como en otra época el sistema empleado es el de la simple ordenación cronológica de las noticias halladas en la bibliografía o en los documentos del citado archivo municipal, sin que pueda destacarse una labor profunda de interpretación histórica de las mismas.

Nos encontramos pues, según puede deducirse de lo expuesto, ante una especie de centón histórico, de los que tan pródigos fueron los dos siglos anteriores, pero precisamente ese mismo carácter le confiere validez actual. Dados los lectores no especializados a los que, como dijimos, se dirigía —principalmente, suponemos, el vecindario de Montoro— y los años en que fue escrita esta obra, no podíamos esperar una historia de las mentalidades —aunque por esos mismos años ya se estuviese gestando, por ejemplo, *L'Espagne éclairée* de J. Sarrailh— o un estudio económico social, aparte de que no debieron ser éstos en ningún momento los propósitos de su autor.

Sin embargo la obra, teñida por un comprensible entusiasmo hacia su pueblo natal que a veces le lleva a ciertos “desbordamientos”, es un verdadero arsenal de noticias que, aunque con frecuencia se hallen necesitadas de rectificaciones y en otros casos de comprobaciones, proporciona un material valioso para quien y cuando se emprenda la tarea de los aludidos estudios de las mentalidades o económico-sociales de la provincia.